

# Pelayos

Boletín de los Pelayos del Principado de Cataluña

**GEDOC  
FONS  
A VILADOT**



VIVA EL PAPA REY

**PELAYO: Recuerda las fechas carlistas durante este mes**

- Día 1 de Febrero del año 1941. — Fallece en Viena la Reina D.<sup>a</sup> María de las Nieves de Braganza, esposa del Rey Alfonso-Carlos I (q. s. g. h.).
- Día 3 de Febrero del año 1875. — Carlos VII, derrota en Lácar a los liberales.
- Día 4 de Febrero del año 1867. — Matrimonio de D. Carlos VII con D.<sup>a</sup> Margarita de Borbón, en la Real Capilla del Castillo de Frhsderff.
- Día 15 de Febrero del año 1847. — Tristany, Vitela, Ros de Eroles y Griset, al frente de 200 voluntarios carlistas sorprenden la guarnición de Cervera.
- Día 16 de Febrero del año 1836. — Es fusilada la madre del General Cabrera. La causa de su sentencia fué sólo el ser la madre del Héroe del Maestrazgo.
- Día 23 de Febrero del año 1873. — Don Alfonso-Carlos y D.<sup>a</sup> María de las Nieves revistan en Besora las fuerzas de la provincia de Gerona.
- Día 28 de Febrero del año 1876. — Don Carlos VII entra en Francia seguido de más de 10,000 voluntarios de su glorioso ejército.

## EDITORIAL

La Comunidad Carlista fué modelo siempre de organización en todos los terrenos. Cuando en los momentos de peligro se tambaleaban los sillares de la Patria, su juventud, aquellas juvenudes organizadas en «requetés», acudieron, al son del Oranwenadi, a luchar en las primeras filas, y muchas veces combatieron solos contra el tibetinaje desatado.

En Valencia, las hordas del sectorio Blasco Ibáñez; en Bilbao, la chusma socialera, y en Barcelona, las mesnadas ultrabichonas de los jóvenes Bárbaros, conocieron bien el pulso de nuestros requetés, que supieron hacerse respetar, mientras los que se proclamaban continuamente «gente de orden», atemorizados por el avance demagógico, aplaudían desde sus sillones, exclamando: ¡Qué bravos muchachos!...»

Y es que la Comunidad Carlista constituía impregnada del espíritu bélico que adquiriera como esencia en las cuatro guerras escombrosas; como ahora, en estos precisos momentos en que la «bestia» acecha con más fiereza que nunca debe estar preparada de igual modo y manera, y que la conciencia de la propia responsabilidad de sus aliados haga que allá donde se encuentre un carlista, aunque sea un «pelayo», el más pequeño, se respeten los Principios de la Causa, a costa de su propia vida, si fuere necesario, hasta sellar, como sea, para siempre las bocas blasfemas de los que osaran insultar a DIOS, vejar a la PATRIA o menospreciar al REY.

Aquéllos tenían unas armas... que supieron hace renunciar las blasfemias y las armas radicales... pero por encima de todo tenían un espíritu, una consigna y una disciplina... juraron defender los Ideales sobre los Segrados Evangelios de Cristo. ¡Qué lecciones, amados Pelayos, qué lecciones más hermosas nos enseña la historia del pasado!

El Pelayo no se doblega ni debe doblegarse jamás:

Ni ante el halago. Ni ante la fuerza. Ni ante la lucha. Ni ante el terror.

Perdona a sus enemigos. Abre los brazos a los arrepentidos. Permite la muerte a los infames.

Que se formen Delegaciones de nuestros Pelayos en todo el Principado de Cataluña.

En este mundo no es posible implantar un sistema político sólo con razonamientos..., por más razón que se tenga.

Los más no pueden gobernar a los pocos; sino la caudal, los mejores, a la cantidad.

Por eso creemos que el triunfo dependerá ante de las bayonetas de nuestros requetés y de las oraciones y acciones de nuestros pelayos como del talento y honradez de nuestros políticos.

Ya dijimos en nuestro número anterior que nos hallamos en posesión de la Verdad, y que ésta es intransigente.

¿Que la intransigencia nos privará de elementos acomodaticios? ¡Mejor! Así podremos realizar más cumplidamente nuestro programa, sin tener que las consideraciones que puedan hacernos.

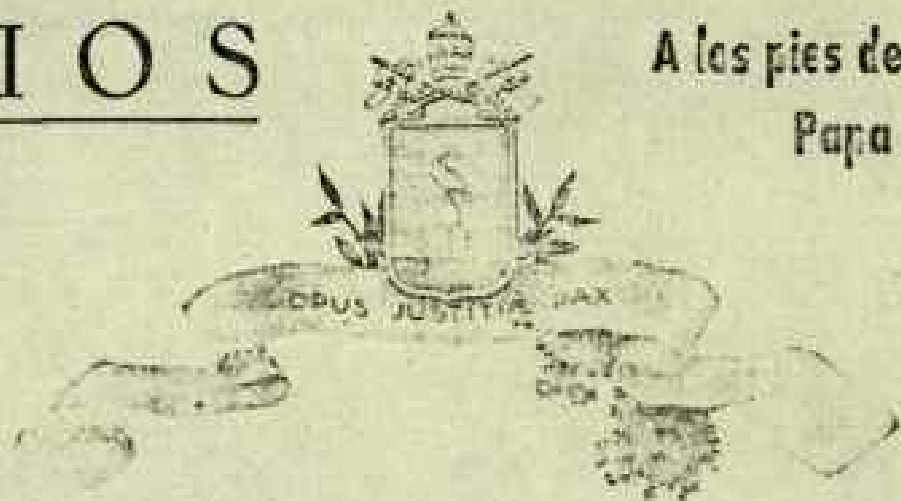
Además, que nosotros lo que queremos es juventud, porque la juventud viene sin prejuicios, sin intereses creados..., poniendo todo su corazón y todo su empeño en la empresa.

Que todas las poblaciones de nuestro Principado tengan formada la Delegación Local. Que los pequeños carlistas estén encuadrados. Urge. No es un llamamiento de vida o muerte. Pero, indiscutiblemente, urge. Solamente de este modo, todos bien organizados y encuadrados, podremos oír por los ámbitos de la Patria la voz Augusta de S. A. R. el Príncipe-Regente llamándonos a la lucha final. Y su virtud y nuestros brazos harán, con la bendición de Dios, que desaparezcan para siempre los peligros que amenazan a nuestra querida España.

¡Que pronto, muy pronto, no se encuentre un solo pueblo de Cataluña si no una Delegación Local de los Pelayos!

# D I O S

A los pies de S. S. el  
Papa



Fué un día, cuando las hordas de la revolución se levantaron en Italia, acudidas por Garibaldi, contra los Estados Pontificios, y valiéndose de un mito de amor a una Patria no existente, iban arrebatando una tras otra las posesiones del Sumo Pontífice; se encontraron de pronto detenidas frente a las murallas de Roma, la Ciudad Eterna.

La lucha fué dura, en especial frente a la Puerta-Pia, donde los zuevos defendían con gran tesón, no a un hombre, sino al Vicario de Cristo. Una brecha es abierta en la Puerta-Pia, reiteradamente tapada por los pechos de los defensores. El Papa y cuanto El significa están en peligro; hay que defenderle, aunque sea con los dientes. Mas éste, comprendiendo la inútil resistencia, que solo llevará unas muertes más a los héroes de aquel sagrado lugar, manda deponer las armas, cuya orden es desobedecida heroicamente y se continúa resistiendo en la Puerta-Pia...

Por fin, aplastados los resistentes, más rendidos, entra el enemigo en la Roma heroica. De entre los escondidos sale un joven Oficial de zuevos, que al invitarle a la entrega de sus armas, caballero, español y valiente, responde que la espada de su abuelo Carlos V no será rendida al enemigo. Nuestro héroe era el que fué en vida S. M. C. Don Alfonso-Carlos I, rey legítimo de las Españas, que con su acto de verdadero católico y, por lo tanto, de verdadero español, nos traza el camino a seguir.

También hoy día se levanta la revolución contra el Papado, no ya con

los fragores de las armas, mas sí con la cobarde difamación. Tampoco faltan hoy pechos valerosos que con las armas de la sumisión y adhesión a la Verdad taponen las brechas, y en los que, como entonces, se celebraban las insólitas mundiales "sueño de Moscú". Estos son y deben ser los Pelayos, con sus armas puras y enjuñando la bandera de las Cruces de Borgoña, con su lema de: DIOS la PATRIA, sus FUEROS y el R. Y.

Si seguís la moderna corriente, de costumbres puramente liberales, h. y tan en boga, la brecha, la brecha estará abierta dentro de vosotros mismos, y estándolo dentro de vosotros lo estará también dentro de vuestras filas, siendo heridos por la espada, y finalmente vencidos, como han sido, puesto que la espada de la Verdad que tremola el Carlismo, se jamás se rendirá frente al enemigo. Aunque os rindáis, sufriréis la vergüenza de ver más pujante y triunfante a la Iglesia de Cristo, y con Ella a su Vicario; seréis maldichos por DIOS, y habréis sido infieles a la PATRIA, porque defender a DIOS es luchar por la gran familia de regiones que componen nuestra queridísima ESPAÑA, que se avergonzaría de haberos visto caer; y el BEY os condenará como traidores.

PELAYO: Ahora que arde la lucha contra el Papa en la venerable figura de Pio XII, como nuestro gran Rey Alfonso-Carlos, hemos de rendirle nuestro tributo de adhesión, como cabeza visible de Cristo, por la PATRIA, los Fueros y a las órdenes del Príncipe Regente.

# TOQUE DE DIANA

## ¡Acapacitarse!



Pelayos: el siglo XIX ha sido nefasto para España bajo muchos aspectos, pero principalmente en el orden de las ideas. Ha estado de moda el «europeizarse», es decir, el cogir del extranjero, sea como sea; y el abolir de lo nuestro, de lo español, sólo porque era nuestro, sólo porque era español. ¿Hay que veranear? Pues no había playas como las extranjeras. ¿Hay que leer novelas? ¡No! no había novelistas como los de fuera. ¿Hay que oír música? ¡Bah! en España no tenemos músicos. ¿Hay que vestir? Pues sólo pueden admirarse los paños extranjeros, las modas de fuera. A este paso, muchos habrían acabado por vivir fuera de España, y que nuestra Patria hubiese quedado decierta.

Es necesario que enterrado ya dicho siglo, enterremos con él todas sus tonterías; y una de ellas es el querer copiar de fuera, sólo porque es de fuera, sin comprobar la bondad de lo que quiere copiarse. España ha sido, durante siglos, la muestra del mundo: sus sabios han teni-

do renombre mundial: sus escritos se han traducido a todas las lenguas; sus ideas han alumbrado la civilización de muchas naciones, aunque éas a las que hemos querido copiar; como si ellas fueran nuestras maestras, cuando no son más que copias de lo bueno que hemos tenido nosotros.

Por eso conviene que comencemos los Pelayos a capacitarnos religiosamente, y políticamente amando a Dios sobre todas las cosas y después nuestra querida España aprendiendo su historia y por ella veremos que si la España que queremos nosotros tiene que valer algo en el concierto de las naciones, no ha de ser precisamente por copiar moldes extranjeros, o inspirarse en culturas paganas, sino por pensar, sentir y obrar en católico y en español, como pensó, sintió y obró a través de su historia gloriosa.

**Consigna:** *Estudiaré con interés la Religión y la Historia de España, para ser un verdadero español, profundamente católico conforme a la Tradición española.*

## P A T R I A



## ¡Volveré!

Agotados todos los recursos materiales, en febrero de 1876, se vió don Carlos en la precisión de pedir hospitalidad a Francia, cuyo territorio pisó, seguido de más de diez mil voluntarios, el 28 de dicho mes y año.

El señor Hernando, testigo de vista de la conmovedora despedida del rey de sus reales soldados, da interesantísimos detalles sobre la misma, en su obra «La campaña carlista».

Después de decir que con los batallones castellanos fué don Carlos VII el 27 a Valcarlos, agrega que «allí, ya en la frontera de Francia, reunió aquellos leales restos de su brillante ejército, y con voz conmovida les dirigió la palabra».

El rey, conmovido, habla a sus jefes, y éstos le vitorean con más ardor que otras veces, pero uniendo a sus aclamaciones gemidos de pena y lágrimas de desesperación. «Sí, dice el mismo señor Hernando, yo vi llorar aquella tarde a jefes y soldados valerosísimos, que hubieran preferido mil veces la muerte a tener que dejar las armas y acabar de aquella manera la guerra».

A la mañana siguiente, o sea el 28, formaron por última vez esos restos gloriosos del heroico ejército carlista, que fueron los seis batallones de Castilla, dos de Cantabria, uno de Asturias y tres de Valencia, los cadetes Guías del Rey, escuadrón de Guardias de a caballo, el de husares de Arlaban, la caballería de Castilla, el regimiento de Berbón y seis batallas Plasencia y Wittwort.

Todas esas tropas formaron en la carretera de Valcarlos hasta el puente de Arneguy, donde empieza el territorio francés, para hacer por última vez los honores a su rey.

Desde que apareció don Carlos ante sus soldados, el sonido de las trompas y clarines que tocaban la Marcha Real, fué apagado por las aclamaciones frenéticas, los vivas ardorosos con que le despedían sus voluntarios. Don Carlos, conmovido profundamente, miraba con dolor a aquellos heroicos soldados que tantas veces habían expuesto su vida en los combates; y la pena que amargaba su corazón rebatía en su semblante. Pero aún le quedaba un paso más terrible que dar, el del puente de Arneguy, que e alejaba de España, Lo Cío, y al entrar en territorio francés, tornó a mirar a España, y con acento solemne y convicción profunda exclamó: «¡Volveré, volveré!»

Los oficiales que le seguían, rompiendo sus espadas, entraron tras él para despedirle en el momento de marchar, y los batallones comenzaron a desfilar tristes y silenciosamente. Los soldados firaban los fusiles al llegar a la frontera y el dolor y la pena de que es el fin poseídas, conmovieron profundamente a los franceses que presenciaron alvarlos aquello escaso de elidad y firmeza.

El resto de la división Navarra había entrado la tarde anterior, y muchos jefes y oficiales guipuzcoanos y vizcainos también; de modo que más

de 10.000 siguieron a su rey hasta la emigración.

La adversa fortuna les llevaba a Francia, pero todos ellos, firmes en sus convicciones, entraban en el extranjero solando en el triunfo de su Causa, y decían con don Carlos: «¡Volveremos, volveremos!»

Sesenta años transcurrieron desde aquel hecho memorable y volvieron a desplegarse las banderas, con más firmeza y entusiasmo si cabe, aquel 18 de julio de 1936; aquella mañana, que espació por toda España los gloriosos voluntarios de don Carlos VII, fructificó en los heroicos Tercios de Requetés; y tú, Pelayo, no puedes ser menos que ellos: tienes el honor de figurar en las filas del carlismo y has de defender sus santos Ideales, la Religión, la Patria y al Regente don Francisco Javier de Borbón y Parma.

El manifiesto dirigido por don Carlos a los españoles una vez que llegó a Pau, decía:

«Españoles: desoso de contener hoy la efusión de sangre, he renunciado a continuar la lucha gloriosa, es cierta, pero por el momento, estéril. Si me veo obligado a ceder a la fuerza de las circunstancias, ni mi corazón decauya ni se ha quebrado mi fe, y conservo intactos mis derechos que son los de la Legitimidad en España.

«Ante la gran superioridad del número, y más aún ante los sufrimientos de mis fieles voluntarios, contra quienes todo se ha conjurado, es para mí una necesidad volver el acero a la vaina. Siguiendo las tradiciones de mi familia conoceré el camino de

Deslerra, pero jamás podré prestarme a CONVENIOS deshonorosos y desleales, contrarios a la dignidad del que, como yo, tiene la conciencia de lo que significa y de lo que representa.

«Concedéis todos los sagrados principios que simboliza mi bandera sin mencha. En tanto que la sostenga en mi firme al frente de mis batallones, he visto caer al suelo la Monarquía extranjera y la República, violentamente implantados en la nación española, y aun cuando el éxito no haya coronado mis esfuerzos, no es esta una razón para que el poder de nuestros enemigos se alargue, porque los fines de la revolución están destinados a perecer por obra de la misma revolución.

«Mi bandera queda plegada hasta que Dios fije la hora suprema de la redención para la España católica y monárquica, que no puede menos de estar marcada en los designios de la Providencia, después de tantos sacrificios. Hoy, como siempre, tengo fe en la obra de salvación a que La Providencia me destina; hoy, como siempre, estoy pronto a sacrificarme por mi Patria, a la que amo con tanto amor ya la que tanto debo.

«Vuestro rey, Carlos.

«Pau, 1 mayo 1876»

Pelayos, Requetés, así piensan vuestros reyes, así amaban a España y así defendían la Religión católica; de la misma manera, piensa nuestro Príncipe-Regente, sin claudicaciones ni componendas sino firmes y seguros de que la Providencia no nos desampará jamás.

«No habrá amigos, Sociedad de Naciones que triunfe mientras no vayamos al Papa, al espíritu de Cristo, encarnado en su Vicario. El mundo se muere, harto de materia, como no vuelva tres veces a Dios.» (Manifiesto del Delegado Regente de la Corona a Cádiz tras el suceso de Tarragona, 1936)



FUEROS



## Nuestro programa regionalista

Sociedad es el conjunto de seres reunidos para realizar en común los fines de la vida (el económico, social, político, religioso, etc.).

La sociedad tiene en su progreso y perfeccionamiento lo que se ha dado en llamar civilización.

La civilización hispana tuvo por base la Religión Católica. Y ésta enseña el fin para que fué creado el hombre y la manera de conseguirlo.

Por eso, el primer lema de la Comunidad Carlisa es precisamente: DIOS.

No todos los pueblos de la Península tuvieron el mismo origen, ni la misma historia, ni la misma lengua, ni las mismas costumbres.

Pero todos tuvieron unidad de Religión y unidad de misión.

La base de la Nación española es la unidad de creencias. Y la unidad de la Monarquía.

La raza ni el idioma constituyen por sí solos caracteres de nacionalidad.

La reunión de las familias forma el municipio. La unión de éstos es la Región. El conjunto de éstas, conjunto histórico, se llama Nación.

La Nación no es cuerpo muerto, sino realidad viva, que tiene un alma, junto con el espíritu, un solo pensamiento. En fin, una misma fe es su misión.

Y esta realidad viva, informada por una fe, un espíritu y un pensamiento común, se llama España. España es, pues, una Nación.

Las regiones españolas fueron en otros tiempos reinos, principados y señorios independientes. Principios de unidad, que culminaron en la uni-

dad española, conseguida por los Reyes Católicos.

Pero esa unidad no anuló la libertad de las regiones, porque ellas tienen misiones propias que cumplir, obligaciones que satisfacer y derechos por ley natural. Por eso, nosotros, enamorados del Ideal, somos regionalistas.

Nuestras aspiraciones son la defensa de los fueros antiguos, con las modificaciones adaptadas a las modernas circunstancias.

Y eso no es privilegio exclusivo de unas pocas regiones, sino que lo hacemos extensivo a todas.

«ella definió la región diciendo: «Que es una sociedad pública, nación incipiente, que, sorprendida en un momento de su desarrollo por una necesidad poderosa que ella no puede satisfacer, se asocia a otras y les comunica algo de su vida y se hace partícipe de la suya.»

El Estado, pues, no es lo mismo que Nación. El Estado se debe a la sociedad.

Tiene un orden moral establecido. Este orden, en lo religioso, se refiere a la Iglesia como entidad.

Y en lo jurídico, a los fueros de las regiones. De esta forma tendremos un Estado justo y cristiano de verdad. Cuando el Estado no cumple con las regiones, se habrá constituido en un tirano.

La exaltación de unos sentimientos comunes que nos inspira a todos los españoles la Nación donde nacimos es lo que produce la idea santa de PATRIA, que la Comunidad Carlisa-Tradicionista escribió como segundo de sus Lemas.

Las Cortes antiguas no se reunían siempre en una misma ciudad. Las castellanas tuvieron lugar en Toledo, Burgos, Valladolid, etc. Las aragonesas en Zaragoza, Caspe, Monzón, etc. Las catalanas en Gerona, Montblanch, Vilafranca, Tortosa, etc.



# REY

## Los Príncipes de la dinastía insobornable

### CARLOS VI



Era hijo este augusto monarca de Carlos V y de la Reina María Francisca de Borbón, muerta en el destierro, Reina de las Indias y coronada. Había nacido en Madrid el día 28 de enero del año del señor de 1808. El Padre Payol fue su educador en Filisofía.

En 1828, Carlos María Luis (que así se llamaba) siguió a sus padres en el destierro, donde acompañó a su madre, luego a su tía, la Princesa de Beira. Más tarde entró en el sublevado Reino de Navarra, donde a pesar de su imberbe adolescencia quiso empuñar las armas como en Oñate más entre los jóvenes combatientes. Al aceptar los derechos que se le transmitían al abdicar su padre, publicó un manifiesto a los españoles, en el que hay elevadas concepciones, que una vez más demuestran que el carlismo no fué ni «estático» ni «regresista». En Francia, el gobierno liberal-burgués de Luis-Felipe persiguió con gran empeño a este representante legitimista del tradicionalismo español. La Policía francesa le persiguió e incluso estuvo detenido. Una vez, se fué de Burdeos, en donde estaba confinado. Por el Ministerio del Interior de París fué cursada una orden de detención a todos los prefectos de policía, incluso con el dibujo físico de D. Carlos. Mientras, en España no se perdía el tiempo. Se expuso su retrato, causando una espontánea manifestación que degeneró en desórdenes. El Tradicionalismo no podía hacer concesiones doctrinales cuando se le buscó para un acercamiento político, casando el Rey Carlos VI con Doña Isabel. El fracaso de estos intentos, lejos de embotar el ánimo carlista, avivó más el fuego de su lealtad, y en 1847 estalló el Alzamiento. Alzán y Elío lo efectuaron en las Vascongadas, y Cabrera, en Cataluña y Maestrazgo.

Pero se tuvo que abandonar la empresa en el año 1849.

En 1850 casó con la Princesa Carolina de Borbón, hermana de Don Fernando II, Rey de Nápoles.

En 1856, la crisis de la política isabelina favoreció los planes tradicionalistas, y Aparisi y Guijarro, en pugna con Cortes, comenzó así su afirmación: «Aquí hace falta un hombre.» Y se empieza a conspirar de nuevo, y la Masonería interviene con actividad y ahoro, desbaratando los planes. Don Carlos entra en España, dirigiendo un manifiesto magnífico a todos los españoles.

Días después de tan notabilísima proclama — el día 1 de abril — descubrecaba en San Carlos de la Rápita una fuerte columna de la guarnición de Baleares, al mando del heroico general Ortega. Formadas las fuerzas en la explanada, éste las arenga y termina con un ¡VIVA CARLOS VII! Hay un momento de silencio, y el coronel Rodríguez Vera, miserable militar y masón de gran vanidad, contesta con un ¡Viva la Reina! Dividense oficiales y soldados en dos bandos y en plena confusión son hechos prisioneros el general y los que le secundaron, e inmediatamente fueron pasados por las armas. Don Carlos, su hermano Don Fernando, el general Elio, Gavea y otros son descubiertos y hechos prisioneros por las autoridades de Tortosa.

En 1861 murieron misteriosamente en Trieste, e día 13 de enero, Don Carlos y su esposa, víctimas de una extraña enfermedad, que poco antes había cortado en flor la vigorosa vida de su hermano D. Fernando. ¿Fueron envenenados? Por más que se ha buscado en los anales de la Historia y en las narraciones de diferentes escritores, no ha podido aun hacerse la luz sobre la misteriosa muerte del que fué en vida D. Carlos VI.

## Pelayos de España

Un, dos... Uno, dos...  
 Al son de os vibrantes tambores y  
 [cornetas,  
 desfilan los Pelayos — boinas y ba-  
 [yonetas —;  
 soldaditos de España, soldaditos de  
 [Dios.  
 Flamean a los aires las borlas ama-  
 [rillas,  
 que lingen los dorados reflejos de la  
 [miés  
 en las gavillas;  
 y una rosa de fuego calienta sus me-  
 [jillas,  
 la sangre que fecunda las bravas ma-  
 [ravillas,  
 los lauros triunfadores de nuestros  
 [Requelé.  
 ¡Con que viril aplomo  
 se mueven las gallardas y rítmicas  
 [hileras,  
 como si fueran impasibles soldaditos  
 [de plomo  
 que animaran la brisa de un hábito  
 [vital!  
 ¡Con qué gloria marcial  
 — colores detonantes de pretérito  
 [cromo —  
 reñambren por las calles, alegres y  
 [altaneras,  
 sus gloriosas banderas:  
 la de España — oro y sangre — y el  
 [águila imperial!  
 Soldaditos de Dios...  
 Emulos pequeñines de aquel buen  
 [Don Pelayo,  
 que, en los riscos abruptos y rebel-  
 [des de Asturias,  
 fulminó con sus armas el poderoso  
 [rayo  
 contra las furias  
 enigmáticas del signo sagrado de la  
 [Cruz...  
 ¡También ellos anhelan ir de su luz  
 en pos!  
 Dulces imitadores del puro y santo  
 [paje  
 del Rey Abderramén  
 — Pelayo de Galicia — que sin ruga  
 [ni ultraje  
 de su celeste sfán,  
 quiso, muriendo mártir, ofrecer su  
 [homenaje  
 de blancas azucenas al Sumo Capi-  
 [tán...

Soldaditos de España...  
 No cachorros de hiena, vandálicos  
 [«pioneros»  
 de ma dita calaña  
 — metenas orientocas y visajes gro-  
 [seros —  
 que levantan el puño vengativo y fe-  
 [roz.  
 No rostros insolentes de criminales  
 [ojos  
 que se incendian de saña,  
 curando los procaces molines call-  
 [jeros  
 sus carieles de lucía; trapos negros  
 [y rojos,  
 que lucen el emblema del martillo y  
 [de la hoz,  
 Soldaditos de España...  
 aguar que Don Pelayo y el Cid y Her-  
 [nán Cortes...  
 Como los paladines de esta recia  
 [campaña,  
 sus hermanos mayores, los recios  
 [Requelé.  
 ... ..  
 Al son de los vibrantes tambores y  
 [cornetas  
 y trebolando al viento sus cruces de  
 [Borgoña,  
 desfila la trapa, diminuta y bisoña,  
 de valientes Pelayos — boinas y ba-  
 [yonetas —  
 soldaditos de España, soldaditos de  
 [Dios.  
 Un, dos... Un, dos...

## De broma



Don Pánfilo. — Yo no creo sino lo que veo.

Don Segismundo. — Yo, ni eso ni aquello, pues te veo a tí... y no te creo.

No más liberalismo que pervierte.  
Ni más vicios que degradan.  
Ni más sensualidad que embrutece.  
Ni más política de partidos que divide.  
Ni más parlamentos que traicionan.  
Ni más laicismo que mata.  
España católica.  
España unida bajo el Soberano legítimo.  
España integral en su compuesto vario y rico.  
España foral en sus esencias autárticas.  
España autártica en la hermandad de sus regiones.  
España gremial en la variedad y armonía de sus clases  
sociales.  
España fuerte en la sana fuerza de su Ejército.  
España a los pies de DIOS, a las directrices del Rey.

